

Cubierta: Marcelo Lepe y Sergio Ramírez  
Título original: *Allende. Chile 1970-1973. Crónica*

Al porvenir de una ilusión

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Atlantida, 1998  
© Foca, ediciones y distribuciones, S. L., 1999  
Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 91 806 19 96  
Fax: 91 804 40 28  
ISBN: 84-930481  
Depósito legal: M. 20.557 - 1999  
Impreso en MaterPrint, S. L.  
Colmenar Viejo (Madrid)

*Pierre Kalfon*

# ***ALLENDE***

***Chile: 1970-1973***

***Crónica***

Prólogo de  
Marc Ferro

Traducción de  
Nicolás Campos y Antonio García Calero



Cubierta: Marcelo Lepe y Sergio Ramírez  
Título original: *Allende. Chile 1970-1973. Crónica*

Al porvenir de una ilusión

Reservados todos los derechos. De acuerdo a lo dispuesto en el art. 270 del Código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización.

© Atlantida, 1998  
© Foca, ediciones y distribuciones, S. L., 1999  
Sector Foresta, 1  
28760 Tres Cantos  
Madrid - España  
Tel.: 91 806 19 96  
Fax: 91 804 40 28  
ISBN: 84-930481  
Depósito legal: M. 20.557 - 1999  
Impreso en MaterPrint, S. L.  
Colmenar Viejo (Madrid)

*Pierre Kalfon*

# ***ALLENDE***

***Chile: 1970-1973***

***Crónica***

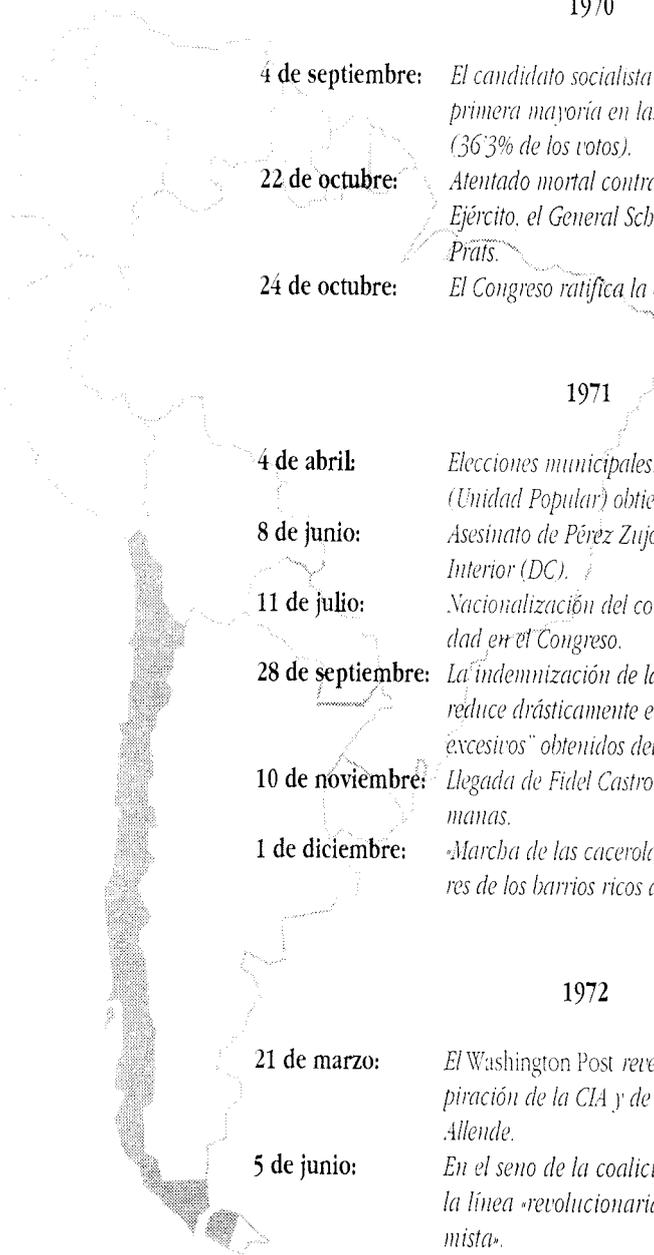
Prólogo de  
Marc Ferro

Traducción de  
Nicolás Campos y Antonio García Calero



# CRONOLOGÍA

1970

- 
- 4 de septiembre:** El candidato socialista Salvador Allende obtiene la primera mayoría en las elecciones presidenciales (36,3% de los votos).
  - 22 de octubre:** Atentado mortal contra el Comandante en Jefe del Ejército, el General Schneider. Le sucede el General Prats.
  - 24 de octubre:** El Congreso ratifica la elección de Allende.

1971

- 4 de abril:** Elecciones municipales. Los candidatos de la UP (Unidad Popular) obtienen el 49,75% de los votos.
- 8 de junio:** Asesinato de Pérez Zujovic, antiguo Ministro del Interior (DC).
- 11 de julio:** Nacionalización del cobre, aprobada por unanimidad en el Congreso.
- 28 de septiembre:** La indemnización de las compañías americanas se reduce drásticamente en razón de los "beneficios excesivos" obtenidos del cobre desde 1955.
- 10 de noviembre:** Llegada de Fidel Castro para una visita de tres semanas.
- 1 de diciembre:** «Marcha de las cacerolas» organizada por las mujeres de los barrios ricos de Santiago.

1972

- 21 de marzo:** El Washington Post revela el trasfondo de una conspiración de la CIA y de la compañía ITT contra Allende.
- 5 de junio:** En el seno de la coalición de la Unidad Popular, la línea «revolucionaria» se opone a la línea «reformista».

- 11 de octubre:** *Inicio de la huelga de los transportistas (que se prolongará hasta el 6 de noviembre).*
- 21 de octubre:** *Ley sobre el control de armas.*
- 2 de noviembre:** *Tres militares, entre ellos el General Prats, pasan a integrar el Gabinete.*

1973

- 19 de febrero:** *Reorganización de las JAP (Juntas de Abastecimiento y de Control de los Precios).*
- 4 de marzo:** *Elecciones legislativas: la UP obtiene el 43,39% de los votos.*
- 17 de abril:** *Inicio de la huelga de los mineros del cobre de El Teniente (que se prolongará hasta el 2 de julio).*
- 29 de junio:** *«Tancazo». Levantamiento del 2º regimiento blindado: la intentona golpista es abortada.*
- Mediados de julio:** *El Ejército empieza a registrar fábricas y centros políticos en aplicación de la ley sobre el control de armas.*
- 26 de julio:** *Nueva huelga de los transportistas.*
- 7 de agosto:** *Marinos antigolpistas detenidos en Valparaíso y en Talcahuano.*
- 9 de agosto:** *Nuevo gabinete que incluye a los cuatro jefes militares de las tres armas y de los carabineros.*
- 23 de agosto:** *Dimisión del General Prats: le sucede, en la jefatura del Ejército, el General Pinochet.*
- 11 de septiembre:** *Golpe de estado militar. Una junta dirigida por el General Pinochet exige la dimisión del Presidente. Allende prefiere suicidarse en el Palacio de la Moneda, en llamas.*

• Arica

• Valparaíso  
• Santiago

• Puerto Montt

• Punta Arenas

PRÓLOGO

**Acciones de baja intensidad,  
pero mano dura**

*Este relato de la experiencia Allende es fascinante.*

*Por supuesto, veinticinco años después, conocemos su trágico desenlace. Y sin embargo, para el lector de Pierre Kalfon, todo empieza de cero. Renace gracias a él la emoción que conocieron todos aquellos que tenían la mirada puesta en Santiago y que, desde la represión de Praga, no podían desviarla a otro lugar. Excepto algunos apóstoles de la violencia revolucionaria, como era el caso de los maoístas.*

*Chile era para los demócratas, para los socialistas radicales de pensamiento y acción, la apuesta lejana por una última oportunidad, una experiencia reformista salida de las urnas. Cómo no temer, pues, por su éxito. Y Pierre Kalfon nos hizo temblar con ella. Él lo siente todo, lo dice todo. Está preocupado por esta empresa que comienza bien pero que continúa menos bien. Sin embargo, teme los efectos perversos de un diagnóstico demasiado directo. Como buen terapeuta, nos hace creerlo: es una forma de ayuda mutua. Pero, ¿lo cree realmente?*

*Si releemos una a una las crónicas escritas al hilo del drama, encontramos en ellas esperanza; si las leemos en conjunto, de una vez, desesperanza. El fracaso está inscrito en el texto, a pesar de él, pero en él.*

*¿Una experiencia socialista dentro de la legalidad? ¿Quién podía creer que una cosa así fuese posible...? En España, antes de la guerra, incluso antes de que tal empresa comenzase, Franco se había sublevado. También en 1936, Léon Blum tuvo que precisar que, como su coalición mayoritaria solo estaba representada en la Cámara (y no en el Parlamento al completo, que también comprende el Senado), no podía conseguir el poder, sino únicamente ejercerlo. Allende, por su parte, está en el filo de la navaja. Él mismo lo dice: «Hemos conquistado el poder legal, pero estamos lejos de disponer del poder político».*

*En efecto.*

*Su Gobierno de Unidad Popular mantiene la cabeza a flote, pero solo la cabeza. Por lo demás, se ve asfixiado por una especie de amenaza que lo aplasta pero que no es capaz de reprobarnos más que con palabras. La oposición es mayoritaria en el Parlamento, lo cual no permite una intervención cómoda a la hora de practicar el juego parlamentario. Esta misma oposición está bien enraizada en todas las instituciones, si bien la izquierda ha podido irse infiltrando aquí y allá. No controla más que el poder ejecutivo del Gobierno. El Congreso y el poder judicial están al servicio de la oposición. Las Fuerzas Armadas y la policía están, nominalmente, bajo el control del Gobierno; sin embargo se trata de instancias e instituciones creadas y constituidas por los regímenes precedentes para proteger el Estado burgués y las instituciones capitalistas, y no para aniquilarlos. La Unidad Popular está en el Gobierno, gracias a las elecciones presidenciales, pero no está en el poder. No obstante, Allende aspira a avanzar: avanza, explica, sigue avanzando. En pocos meses, nacionaliza la banca, nacionaliza las riquezas de base, controla una parte del comercio exterior, etc. «¿Hasta dónde podrá llegar?», pregunta Pierre Kalfon.*

*«En un año, hemos hecho más que Castro», dice Allende, y lo invita a Santiago para saborear sus primeros éxitos.*

*La gran diferencia es que el levantamiento castrista desalojó al poder anterior. «¡Se fue Batista!» Y la oposición abandonó el país. A partir de entonces, para Castro, el enemigo principal son los Estados Unidos, puesto que llegaron a nacionalizar el azúcar cubano. Ante las protestas de los exiliados y la solidaridad soviética, Kennedy luchó con acciones de alcance... Pero los exiliados cubanos no tenían suficiente influencia. Y entonces vino la Bahía de Cochinos. Frente a Allende, Nixon y Kissinger adoptan la estrategia contraria. Acciones de baja intensidad, pero mano dura. Como represalia a la nacionalización del cobre, apelan a los tribunales y bloquean el abastecimiento a Chile... La fase revolucionaria y la impotencia política se vienen a sumar al desconcierto. No solo no se indemniza a las Sociedades mineras, sino que además se expropia a los grandes terratenientes... «Expropiaremos mil latifundios...» ¿Exceso de optimismo? ¿Concesión a los miristas y a los maoístas que, sin un juicio previo, se apoderan inmediatamente de las propiedades? Como si la expropiación en un país en el que abundan las grandes propiedades no fuese a provocar una ola de violencia, una conjuración de los de fuera y de los de dentro, quienes, aunque no lo*

*declaren, son solidarios. Los grandes terratenientes se ven obligados a elogiar, aun sin demasiado entusiasmo, la nacionalización del cobre, apuesta patriótica que debe transformar Chile, "y vestirlo de largo". Convertirlo en un país adulto y autónomo. Una quimera, cuando se sabe que el capital angloamericano ha generado una economía de tipo neocolonial y que la élite militar chilena se equipa, se instruye y recurre continuamente a los Estados Unidos.*

*Decidido y valiente, pero prisionero de un discurso caduco, Allende considera y declara «que con él, es el pueblo quien conquista el poder».*

*Y, mientras estalla la huelga de los mineros del cobre, dice: «No puedo entenderlo».*

*En efecto, es una huelga promovida por la CIA, y financiada por los americanos. Cuando las amas de casa se manifiestan contra la penuria y la inflación, «es una maniobra fascista». Cuando en repetidas ocasiones también los transportistas van a la huelga, están manipulados y pagados por la oposición. En cuanto a los comerciantes, es normal que estén contra un Gobierno socializante y marxista.*

*Entonces, ¿dónde está el pueblo? ¿Quién define sus límites?*

*¿Son realmente satisfactorias las medidas adoptadas? Incorporar cien grandes empresas al sector público es decisión conforme a la doctrina pero, si bien sirve para reforzar el poder político, no es suficiente para que el propio personal participe en la gestión. Y quedan, fuera del programa, las treinta y cuatro mil pequeñas y medianas empresas no nacionalizadas, cuyos dueños tienen motivos para el temor.*

*«Pero, ¿quién saldrá a la calle a defender a Allende?», acaba preguntándose Pierre Kalfon. Tal vez los manifestantes. Pero, ¿qué controlarán salvo la calle...?*

*Legalista por convicción, reformista de honor, Allende se encuentra atrapado entre su extrema izquierda, a la que pretendía mimar, y la oposición, de la que se aleja, pues desprecia su ala progresista, sobre todo a Tomic, con quien pudo haber recorrido un largo camino.*

*Básicamente, Allende no quiere darse cuenta de que los precios suben, y lo hacen sin pedir autorización al Parlamento...*

*Tampoco quiere darse cuenta de que el Ejército, autoritario por naturaleza, hostil a las libertades en la mayor parte de los casos, en ocasiones incluso con tendencias fascistas, se nutre del pueblo, sobre todo el Ejército de Tierra. Y él repite que el Ejército es leal... Pero esta afirmación esconde una profunda duda.*

*Porque, detrás de todo este mundo, aunque los Estados Unidos juegan con acciones de baja intensidad, Allende no valora suficientemente la posibilidad de la mano dura...  
La represión será terrible.*

Marc FERRO  
Codirector de los Anales

## INTRODUCCIÓN

### Un compromiso con la memoria

Este libro es un documento para servir a la historia de Chile. Responde a un compromiso con la memoria. Porque la represión que siguió al golpe de estado del General Pinochet contra el Presidente Allende provocó un traumatismo en la memoria de los chilenos, del que aún no se han recuperado.

El 11 de septiembre de 1973, en Santiago, en el Palacio de la Moneda en llamas, rodeado por los tanques, bombardeado por la aviación, el Jefe del Estado, elegido tres años antes por sufragio universal, se defiende junto a un puñado de fieles. Antes que renunciar a su mandato y a la «lealtad que le debo al pueblo», antes que aceptar la huida en el avión que los militares le ofrecen, Salvador Allende prefiere inmolarsse de manera ejemplar. Una forma de entrar en la Historia por la puerta grande.

Desde entonces, la brutalidad de la dictadura militar, los libros quemados en la calle por los soldados, los amigos «desaparecidos», han abierto una herida que, para un sinnúmero de chilenos, tardará en cicatrizar. De aquellos tres años intensos que estremecieron a Chile, desde la victoria electoral del candidato socialista, el 4 de septiembre de 1970, hasta la mañana fatídica del 11 de septiembre de 1973, el recuerdo se ha vuelto confuso, cuando no se ha borrado de la memoria. Proceso psicológico clásico que aleja de la mente los momentos de dolor.

En Francia, en Italia, en Europa y en el mundo, donde los movimientos de izquierda veían en la experiencia del lejano Chile la imagen invertida de sus esperanzas, un sentimiento impreciso, una especie de vergüenza ante el fracaso, parece haber sucedido a la rebeldía inicial y a la rabia.

Hoy en día escasean las obras sobre el período de la Unidad Popular. En Chile, aquellos años electrizantes no son evocados sin una cierta timidez, casi con prudencia, a través de la fábula, la novela o el teatro. Se diga lo que se diga, el espectro del Ejér-

cito aún no ha desaparecido del paisaje político, siempre como telón de fondo, incluso cuando en Santiago ha sido «tolerado» por los militares un Gobierno democrático de «concertación» entre demócratacristianos y socialistas. Y todo ello después de que el General Pinochet quedase en minoría tras la primera consulta libre imprudentemente organizada en 1988. Los documentos originales, los testimonios de primera mano son difíciles de encontrar, y ello no debe extrañar. Cuando no han sido objeto de autos de fe por parte de la soldadesca, eran los mismos propietarios quienes destruían aquellos papeles comprometedores, sabiendo que podían ser motivo de sospecha grave, de arresto, de tortura...

Pero la memoria es hábil y no cede. Hoy, una nueva generación, la de los hijos y los nietos de los supervivientes del drama, empieza a pedir cuentas. Quieren saber, exigen que les expliquen algo más que la historia oficial de la dictadura y de la postdictadura. Se indignan por el hecho de que haya en todos los barrios «bien» de Santiago una avenida del «once de septiembre», que conmemora la fecha del golpe de estado, pero en ninguna parte un bulevar, una plaza o una calle «Salvador Allende». El valor de los símbolos: veinticinco años después de su hazaña, Pinochet, vestido de paisano, ocupa un escaño en el Congreso como «senador vitalicio».

¿Qué sucedió, pues, a lo largo de estos «mil días»<sup>1</sup> de la Unidad Popular? ¿Es un período tan vergonzoso como para que haya que enterrarlo bajo el silencio? Ciertamente no. Todo lo contrario: Chile tiene todo el derecho de evocar aquellos tres años en los que la mitad de la población pretendía tocar el cielo con los dedos, movida por un sueño de justicia social y de independencia nacional.

¿Que se cometieron errores? Sin duda. ¿Que los partidos coaligados de la Unidad Popular que apoyaban al Presidente fueron cada uno por su lado, ofreciendo los mejores argumentos a una prensa de oposición feroz? Seguro que sí. Pero nadie puede negar la generosidad del proyecto ni la legitimidad de los logros del Gobierno Allende: reforma agraria, nacionalización del cobre, sensible aumento del nivel de vida de las clases más humildes. Al menos al principio. Porque después de un primer año casi eufórico, se empiezan a sentir las medidas de represión

---

<sup>1</sup> La fórmula «mil días» no es más que una comodidad de estilo. Entre el momento en que Allende asume la Presidencia de Chile (4 de noviembre de 1970) y es derrocado (11 de septiembre de 1973) transcurren, en realidad, 1041 días.

lia, tanto por parte de los Estados Unidos, como de la burguesía nacional.

Efectivamente, Allende se lanzó a una aventura inédita que ni siquiera Marx podía haber previsto: la de conducir a un país hacia el socialismo, no solo sin destruir el sistema establecido sino, además, sacando el mayor partido de las disposiciones legales del propio sistema. Esta «revolución dentro de la legalidad» mostraba la cara opuesta de la revolución armada «a la cubana», puesta en marcha once años antes en La Habana por los *barbudos* de Fidel Castro.

La representación más frecuente de Allende es la de un hombre bonachón, «padre tranquilo» de la revolución, un médico francmasón curtido en los misterios de la política auténtica. Salvador Allende fue sin duda todo eso, pero también mucho más.

Hijo de un abogado radical, nieto de «Allende el rojo», un senador igualmente radical y anticlerical, gran maestro de la logia masónica de Chile, tenía a quien parecerse. Será, como su abuelo, médico de los pobres. Ya desde la universidad decide dedicar su vida a la lucha social.

Diputado a los 29 años, senador a los 30, se convierte con 31, en 1939, en Ministro de Sanidad de un Gobierno del Frente Popular, el primero en América Latina. A lo largo de treinta años de mandato parlamentario, peleará obstinadamente por defender los valores humanistas de un Partido Socialista del que fue fundador, entre otros, allá por 1933.

Al proclamarse marxista y revolucionario, este burgués cultivado y elegante, dotado de un gran sentido del humor y de una energía inagotable, construyó su vida bajo la perspectiva de una victoria electoral de la izquierda.

Cuando por fin, después de tres tentativas desafortunadas, alcanza la Presidencia de la República en 1970, cuenta con 62 años. «*Conmigo, es el pueblo quien entra en la Moneda*», afirmará sin demagogia.

Tres años en un Gobierno sacudido por todas partes lo confirmarán como un Jefe de Estado inventivo y valiente, auténtico «centro de gravedad» de una coalición de izquierda dividida entre moderados y radicales. Para superar las cada vez más graves crisis —económicas, sociales, políticas— dará muestras de una extraordinaria sangre fría, de una notable habilidad de maniobra, sin tener por ello que ceder en sus principios.

Ernesto Che Guevara, arquetipo del guerrillero intransigente, le dedicó su libro más emblemático, *La guerra de guerrilla* de esta bella manera: «A Salvador Allende quien, por otros

medios, persigue las mismas metas». Con la victoria del candidato de la Unidad Popular en 1970, las urnas, ese «otro medio», se impusieron a los fusiles.

### Ni hablar de «una segunda Cuba»

Y sin embargo, ante los ojos de los Estados Unidos, el caso chileno era, por su misma ejemplaridad, más peligroso que ningún otro. La victoria pacífica de un marxista, ni siquiera aliado con Moscú, que accedía al poder gracias a unas elecciones «limpias», amenazaba con extenderse como una mancha de aceite por todo el continente y más allá. Para el *big brother* era inaceptable «una segunda Cuba» en el hemisferio americano, tradicional «coto reservado». En Washington, el Presidente Richard Nixon convoca inmediatamente a Edward Korry, su embajador en Santiago, para señalarle contundentemente que hay que aplastar a toda costa a ese *son of a bitch* (hijo de puta) de Allende<sup>2</sup>. En Chicago, desde el 15 de septiembre de 1970, apenas once días después del éxito electoral de Allende, Henry Kissinger, consejero especial en la Casa Blanca, explica *off the record* a unos empresarios de la prensa del Middle-West que, de llegar a confirmarse, el éxito de Allende «provocaría la instalación de un régimen comunista en Chile» y que «Argentina, Perú y Bolivia podrían seguir este ejemplo». Cyrus Sulzberger evoca, en el *New York Times*, la imagen de los «espaguetis italianos con salsa chilena» o, lo que es lo mismo, el peligro que una fórmula de Unidad Popular «a la chilena» podría representar en Italia para la Democracia Cristiana en el poder.

A partir de ahí, se reabrieron archivos, se «desclasificaron» numerosos documentos secretos, se hicieron públicos los informes de distintas comisiones de investigación. Cuando se analiza el alcance de las acciones llevadas a cabo por los Estados Unidos para «desestabilizar» al Gobierno de Unidad Popular, se advierte que lo más extraño, en el fondo, no es que Allende cayera en 1973 como consecuencia del golpe de los Generales traidores, animados por una derecha despiadada. Lo que resulta prodigioso, al ver la magnitud de las maniobras organizadas contra él, es que consiguiera, contra viento y marea, mantenerse durante tres años.

<sup>2</sup> Entrevista inédita de Edward Korry en la película *El último combate de Salvador Allende* (1998) de Patricio Henríquez y Pierre Kalfon.

Ya en marzo de 1972, el célebre columnista de Washington, Jack Anderson, había revelado hasta qué punto los servicios secretos americanos de la CIA estaban conchabados con la sociedad ITT (International Telephone and Telegraph) para, en primer lugar, impedir la victoria electoral de Allende, el 4 de septiembre de 1970 y, más tarde, evitar que esta elección fuese ratificada (a los cincuenta días, según la costumbre) por el Congreso chileno.

John Mc Cone, antiguo director de la CIA en la época de Kennedy, convertido en miembro del Consejo de Administración de ITT, había ofrecido a Kissinger un millón de dólares con este propósito. ITT era, por entonces, «el *trust* más potente del mundo, a la cabeza de los beneficios y...» del tráfico de influencias<sup>3</sup>. La multinacional que controlaba la telefonía chilena no tardó en comprender que era imprescindible impedir el acceso de un «marxista» a la Presidencia.

Se optó por «crear un clima de caos en Chile», según los propios términos de uno de los vicepresidentes de ITT, el señor Merriam. Y ¿qué mejor para acentuar las tensiones y cargar el ambiente que emprenderla con el Comandante en Jefe del Ejército, el General Schneider, insensible ante las incitaciones a una intervención militar? De esta manera, se produjo el atentado del 22 de octubre de 1970, organizado por la extrema derecha con la complicidad de dos generales chilenos y la colaboración en armas y en dinero de la CIA, a través del agregado militar de los Estados Unidos en Santiago, el Coronel Paul Wimert<sup>4</sup>. El General Schneider perdió la vida en ese atentado, pero su sacrificio convulsionó a todo Chile. El Ejército cerró filas y la Democracia Cristiana aceptó el pacto con la Unidad Popular para que Allende alcanzase los votos necesarios para su investidura.

A la Casa Blanca ya solo le quedaba la estrategia clásica de la asfixia económica contra un país considerado como hostil. Un mes después del golpe de estado del 11 de septiembre de 1973, el director de la CIA, William Colby, admitirá, ante una subcomisión de la Cámara de Representantes en Washington, la participación de la Agencia en un plan de sabotaje económico en Chile, con el fin de incitar a los militares a intervenir para «poner fin al caos». Denegación de créditos de financiación, presión

<sup>3</sup> J.M. Le Duc, dirigente sindical de la CFDT. *Le Monde*, 27 de mayo de 1972.

<sup>4</sup> Entrevista inédita de Paul Wimert en la película *El último combate de Salvador Allende* (1998), ya citada.

sobre los organismos internacionales para que adoptasen actitudes análogas, manipulación a la baja del precio del cobre en la Bolsa de Londres, rechazo en la distribución o venta de productos alimenticios y de piezas de recambio, en particular de los transportes... Y, además, un flujo incesante de dólares para financiar tanto los partidos contrarios a Allende (sobre todo la Democracia Cristiana) como la «huelga de los empresarios» y la de los transportistas. Todo ello acompañado de campañas de prensa cada vez más virulentas.

Desde el principio, el Presidente Nixon desvió diez millones de dólares de fondos especiales. Es probable que el montante del presupuesto global para financiar a la oposición, bajo cualquiera de sus formas, fuese superior a esa cifra. El muy conservador *El Mercurio*, potente motor de opinión, recibe, entre 1971 y 1972, la módica suma de 1.665.000 dólares. Con un cinismo tranquilo, Kissinger explicará más adelante: *«No veo por qué deberíamos habernos quedado de brazos cruzados mientras que un país del hemisferio amenazaba con pasar a manos del marxismo, simplemente por la irresponsabilidad de su pueblo[...].»*

El lector no encontrará estas precisiones en las páginas que siguen puesto que, al margen de la intervención de la ITT, que se conoció inmediatamente, las maniobras del «bloqueo invisible» desplegadas por los Estados Unidos no empezaron a ser reveladas con cierto detalle hasta después del golpe de estado. Nos ha parecido que esta aclaración era indispensable para tener hoy una visión global de la experiencia chilena en su contexto geopolítico.

### Un testimonio en caliente

Lo que aporta este libro es, pues, un testimonio. El relato de un observador atento y amistoso, a quien la simpatía por el proyecto del Presidente Allende no impedía –al menos se esforzó por ello– mantener su imparcialidad. Todos los textos, convenientemente documentados con sus fechas y sus fuentes, proceden de la «correspondencia» dirigida fundamentalmente al periódico *Le Monde*, de París, pero también en ocasiones al semanario *Le Nouvel Observateur* (con la firma de Pierre Laffonques, anagrama transparente), e incluso a veces a las emisoras de radio de la desaparecida ORTF, cuando había que escribir de prisa y corriendo el contenido de una comunicación telefónica de tres o cuatro minutos.

En su mayor parte, estos artículos fueron escritos en caliente y con urgencia. No han sido retocados y se presentan tal cual. No figura aquí toda la producción periodística del «corresponsal en Santiago» —la obra habría sido demasiado voluminosa—, pero lo esencial sí está. Y ello debería permitirnos tener una idea bastante completa de la aventura extraordinaria, tan próxima a nosotros en tantos aspectos, que estaba produciéndose en las antípodas. Así, estos «papeles» de actualidad escritos día a día se transforman con el tiempo en una única crónica general, la de la vida y la muerte de la Unidad Popular y la de sus locas esperanzas.

Se observará tal vez que a medida que el desenlace se va acercando, se manifiesta un *crescendo* que traduce una tensión extrema entre dos partes del país. Por una parte, los miembros de la clase dominante, que no escatiman medios contra el Gobierno; apoyados por los Estados Unidos, arrastran a más de la mitad de la población, cansada sin duda de las dificultades económicas que ellos atribuyen, como repite la prensa de oposición, a los errores del poder. Por otra parte, las clases más desfavorecidas que, desde los tiempos más remotos, fueron relegadas a un segundo plano en la historia. Saben que, a pesar de sus vacilaciones, este Gobierno es el suyo, y están dispuestas a defenderlo con uñas y dientes (con la condición de que les den los medios para hacerlo).

Asistimos, de hecho, en tiempo real y en tamaño natural, a algo que podríamos describir como una auténtica lucha de clases, incluso si en estos tiempos de liberalismo triunfante la expresión puede parecer arcaica o de mal gusto.

A menos que el «porvenir de esta ilusión» sea aún hoy de una actualidad sobrecogedora.